

ALICIA EN CEHEGIN.

La verdadera ciudad de Alicia no es Alejandría, ni Amsterdam, ni Thailandia, como se propaga en las rutas turísticas, sino el pequeño pueblo de Cehegín, la ciudad de las Maravillas, anclado en el Noroeste de la Región de Murcia. La niña se desconcertaría al descubrir que casi todas sus mujeres se llamaban Mavi. «Qué nombre más bonito. No lo había escuchado en mi vida». Pero más le sorprendería saber de donde provenía: «Nos llamamos así por la Virgen de las Maravillas, ¿sabes?». Alicia se daría un golpe en la cabeza para poder despejar este galimatías. «Entonces estuve secuestrada en un mundo irreal. Cuánto tiempo me han tenido sin decirme que el verdadero País de las Maravillas, con sus gatos y sus chimeneas, sus niscalos y sus conejos, era Cehegín, que tanto cuesta deletrearlo con hache intercalada».

Como los montes de Cehegín tienen un corazón de mármol, a Alicia pretendían levantarle un monumento en la plaza del Mesoncico. El alcalde le preguntó un día que cómo le gustaría que la representase el escultor: «¿Con un conejo en la mano o delante de un espejo?» «No me haga ninguna estatua, señor. Me llevaría un gran susto de verme así, cagada (con perdón) por las golondrinas». La querrían conectar con el paisaje fabuloso para que la villa saliese en televisión y en los periódicos y atrajese el mayor número de turistas. La gente no sabe ya qué inventar, le diría a la niña forastera uno de los ratones colorados del casco viejo.

Con este alucinante confín se había despejado la incógnita del País de las Maravillas. Un pueblo con los tejados bajo los pies; un lingote de casas incrustado en la esmeralda de su vega... Cehegín, que se hermanó con el pueblo de Mataró donde fueron a parar muchos de sus emigrantes, ahora también se iba a hacer uña y carne del País de las Maravillas.

La gente no daría crédito cuando sorprendiera a la niña bajar por las cuestas seguida de los grifos, de los leones rampantes y las águilas explotadas caídas de sus escudos de nobleza. Pero lo que más la enamoraría sería el Silencio, a quien en las noches de agosto trataría de vendarle la garganta cortada por el estridular de los grillos.

Cuando Alicia adoleciera de melancolía al evocarse creciendo y menguando como la luna en aquella madriguera por la que penetró persiguiendo a un conejo blanco, se echaría a repicar con flores de campanilla: «¿Es que no hay aquí bebidas o pastelillos que te hagan como una hormiga o un avestruz?», a lo que algunos

nativos, hartos de que a los extranjeros se les hiciera más zalamerías que a ellos, responderían: «Lo único que tenemos es la fuente de la Cagueta, nena». La fuente de la Cagueta, los peros de alcuza y el Anís Murcia.

Sí, se le caería la baba al descubrir la casa de jaspe del Ayuntamiento, al pasear por las calles medievales donde los tejados mellados se besan... Perdida en el País de las Maravillas al fin había encontrado su ciudad. A Alicia le dolerían las piernas y se fatigaría como si tuviese un soplo en el corazón de escalar sus cuevas casi en vertical. Por la noche, un maullido entre el denso silencio la despertaría como el gato de Cheshire. Cehegín, la ciudad de las Maravillas, a escala reducida del paraíso, ha puesto farolas nuevas bajo las que se siguen paseando sus salamanquesas, y ha pintado las fachadas de azul, de almagre y de amarillo para que su invitada de honor se sienta como en una casa de muñecas. No hay otro pueblo más merecedor en todo el mundo de llevar este blasón literario.

SALVADOR GARCÍA JIMÉNEZ.
Publicado en La Verdad el 8-11-02